

**EN TORNO A
ZYGMENT BAUMAN**

ACTA SOCIOLOGICA 35

MAYO-AGOSTO DEL 2002

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	5
---------------------------	---

EN TORNO A ZYGMUNT BAUMAN

<i>Zygmunt Bauman. La ambivalencia y la metodología de las distinciones</i>	15
Rodrigo Jokisch	
<i>Modernidad y Holocausto: Algunas reflexiones críticas en torno a Bauman</i>	31
Judit Bokser y Gilda Waldman	
Modernidades múltiples y encuentro de civilizaciones	61
Josetxo Beriain	

TRADUCCIONES

<i>Leer a Zygmunt Bauman</i>	125
Peter Beilharz	
<i>Bauman en Alemania. La violencia moderna y los problemas de la autocomprensión alemana</i>	147
Hans Joas	
<i>Para una teoría sociológica posmoderna</i>	159
Zygmunt Bauman	
<i>¿Existe una sociología posmoderna?</i>	181
Zygmunt Bauman	
<i>En busca de un centro</i>	205
Zygmunt Bauman	

NOTAS CRÍTICAS

<i>Nota sobre la visión de la condición humana y la modernidad</i>	229
Alejandro Labrador Sánchez	
<i>Ética del trabajo: (dis)función social de la pobreza en la modernidad tardía, según Bauman</i>	235
José Guadalupe Gandarilla Salgado	
<i>Bauman: hacia una agenda temática</i>	245
Maya Aguiluz Ibarra	
<i>¿Cómo es posible observar sociológicamente? Un análisis de tres propuestas constructivistas</i>	255
Makoto Noda	

RESEÑAS

<i>La globalización. Consecuencias humanas</i>	273
Zygmunt Bauman	
<i>La cultura como praxis</i>	279
Zygmunt Bauman	

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

<i>Bibliohemerografía de Zygmunt Bauman</i>	285
Maya Aguiluz I.	
<i>Colaboradores</i>	293
<i>Instructivo para colaboradores</i>	295



MODERNIDAD Y HOLOCAUSTO: ALGUNAS REFLEXIONES CRÍTICAS EN TORNO A BAUMAN

Judit Bokser
Gilda Waldman

Resumen

Este artículo analiza las principales tesis de Zygmunt Bauman en torno a los complejos nexos entre *Modernidad y Holocausto*. El texto explicita las principales aseveraciones de Bauman sobre el Holocausto –fenómeno que este autor considera como producto y expresión de la sociedad moderna, racional y burocrática– para luego revisarlas críticamente en términos de la singularidad del Holocausto a la luz de una constelación de factores específicamente históricos e ideológicos.

Temáticas tales como la especificidad del Holocausto, sus nexos con la razón y el mito, el elemento ideológico, las dinámicas que rebasan los presupuestos de la modernidad, entre otras, son exploradas desde una perspectiva crítica.

El trabajo refiere a las dificultades implícitas en las generalizaciones sociológicas y las mediaciones necesarias entre los diferentes niveles de agregación teórica, de la gran teoría a la investigación empírica.

Abstract

This article analyzes Zygmunt Bauman's on main thesis about the complex relationship between Modernity and the Holocaust. It first explains Bauman's main assumptions about the Holocaust as a by-product of the rational bureaucratic modern society; it then makes a critical examination of these thesis in terms of the singularity of the Holocaust highlights the constellation of historical and ideological factors that characterized it.

Problems like the specificity of the Holocaust, the rationality/myth nexus, the ideological element and the dynamics that go beyond the presuppositions of Modernity, among other themes, are critically analyzed.

Consequently, what this article remarks are the implicit difficulties of constructing sociological generalization, and the need to introduce mediations between different levels of theoretical aggregation, goin from general theory to empirical research.

Descriptores: Modernidad, Holocausto, Antisemitismo, Genocidio.

Modernidad y Holocausto

Si la polémica filosófica de finales del siglo XX ha girado en torno el agotamiento de la razón moderna, el debate en las Ciencias Sociales y en particular en la Sociología refiere a la crisis del proyecto socio-económico, político, filosófico, científico y estético sobre el que se edificó la sociedad occidental desde el siglo XVIII. Ligada desde su nacimiento a la evolución de la modernidad, el desarrollo de la teoría sociológica estuvo estrechamente asociada a las concepciones ilustradas que asumían, tras los procesos de acumulación del capital, el avance tecnológico y las necesidades éticas y artísticas de la cultura, un orden racional capaz de garantizar una visión de avance de la historia y el progreso.

Ciertamente, desde principios del siglo XIX empezó a gestarse la conciencia del carácter escindido de la modernidad, tanto en términos políticos como culturales, pero habría que esperar hasta que las catastróficas experiencias del siglo XX agotaran la confianza para que los “grandes relatos” de la modernidad se vieran cuestionados. Dos guerras mundiales, sistemas totalitarios de derecha o de izquierda, y persecuciones y genocidios, entre otros acontecimientos y procesos históricos, evidenciaron los alcances de las vertientes más sombrías de la historia y arrojaron dudas sobre la concepción antropológico-filosófica, las estructuras de pensamiento y los sistemas de creencias derivados de la tradición iluminista. Sin embargo, como veremos, no sólo esta vertiente fue fundacional de la historia del siglo. El historicismo romántico y la subsecuentes formulaciones del nacionalismo, en clave de contra-ilustración, habrían de imprimir su sello inequívoco sobre su desarrollo, a la vez que distintas y variadas expresiones filosóficas y de crítica cultural se formularon en torno a ejes polémicos, comunes y diferenciados. Resultarían, por tanto, fundamentales ambas trayectorias, mismas que una parte importante de la polémica contemporánea ha tendido a descuidar, para dar cuenta de los desarrollos del siglo así como de la presencia compleja de nutrientes diversos de la condición moderna.

Si bien el siglo XX estuvo recorrido por asesinatos masivos, masacres y genocidios que dejaron una cifra inconmesurable de víctimas y atentaron contra los supuestos de la convivencia humana,

ningún acontecimiento histórico tuvo un alcance tan devastador como el Holocausto. Su lugar en el despliegue del siglo en su conjunto ha sido central. Entre las primeras corrientes de pensamiento en analizar las profundas implicaciones de la destrucción y el exterminio nazi a la luz del despliegue de eventos históricos y sus nexos con la modernidad destaca la Escuela de Frankfurt. Los planteamientos de T. W. Adorno y Max Horkheimer, en primer lugar, operaron un distanciamiento de los dogmas prevalecientes entonces, que explicaban el nazismo como una manifestación más de la decadencia del capitalismo y al antisemitismo como expresión de la lucha de clases. En el nuevo acercamiento, el problema de la modernidad se hizo presente y éste encontró en un nombre, Auschwitz, el espacio en el que la conciencia occidental se confrontó con las paradojas de su modernidad (Adorno y Horkheimer, 1944). Auschwitz evidenció que razón y ciencia no constituían, necesariamente, las vías de liberación que la Ilustración había soñado ni podían evitar las vertientes más sombrías de la barbarie. El cuestionamiento al carácter inevitable del progreso sustituiría así la fe en sus propios principios, ya sea como expresión de la gradual ilustración de la sociedad por medio de la educación, de las perspectivas de mejoría social y económica o bien de la progresiva convivencia armónica y racional entre los hombres.

Auschwitz devino, a su vez, el punto de partida para cruciales interrogantes ulteriores en torno a la vigencia y el significado de la modernidad y a su proyección y existencia en las sociedades de nuestros días. En sucesivas formulaciones y en una diversidad de reflexiones críticas, paradigmas teóricos y perspectivas interpretativas en el ámbito de las ciencias sociales, el acercamiento a los límites de la modernidad se hizo presente. En esta línea de pensamiento, la modernidad habría llegado a su fin y había sido sustituida por esa nueva era (proyecto) llamada posmodernidad. Formulada en otros términos, la modernidad tardía o reflexiva, con su renovada diversidad e incertidumbre estaría sustituyendo la propuesta certera y homogeneizante de aquella. Las diferentes perspectivas subrayan, a pesar de los variados ángulos de análisis, la necesidad de revisar los supuestos por medio de los cuales Occidente se había regido, comprendido y legitimado a sí mismo durante los últimos tres siglos (Casullo, 1989; Vattimo, 1990).

En la formulación de estos acercamientos, a su vez, el curso de los acontecimientos en la segunda mitad del siglo XX proyectó nuevos

símbolos del carácter crítico de la modernidad. El (re)conocimiento del terror stalinista dio lugar a lecturas que convirtieron al Gulag en una figura paradigmática que aspiró a ser símbolo de igual magnitud que Auschwitz. A éstos, se irían sumando en posteriores lecturas otros más: Timor Oriental, Ruanda, ... Estas dramáticas experiencias del siglo fueron convertidas en figuras y símbolos que pueblan el imaginario social, como expresión del carácter contradictorio de la modernidad occidental y de sus orígenes, mismos que rastreados hasta las premisas filosóficas de la Ilustración, aparecen precisamente como las causas de las contradicciones de la modernidad.

Sin embargo, si bien en los debates contemporáneos Auschwitz mantiene su carácter de significado y símbolo no sólo de los límites de la modernidad sino de su propia esencia, el Holocausto fue un evento y un espacio histórico cuya singularidad debe ser ponderada a la luz de su desarrollo y especificidad histórica. En este debate es donde se inserta la figura de Zygmunt Bauman, uno de los destacados representantes de la teoría sociológica contemporánea. En una vasta obra que incorpora, por una parte, los tenués lazos que ligan la moralidad, la ética y la libertad de la condición posmoderna, Bauman ha puesto el acento, por la otra, en los problemas y riesgos de la modernidad creados por el terrible potencial de los productos técnicos y conceptuales de la civilización moderna, poniendo en entredicho los fundamentos mismos de la sociedad en que vivimos.

Invocando la modernidad como clave para explicar los horrores del Holocausto, éste es visto como el producto de los alcances destructivos de la razón moderna. Ha sido el mundo racional de la civilización moderna el que hizo posible, a su entender, que el Holocausto fuese concebido. La conjunción de sus supuestos filosóficos con los ejes de la modernidad —el logro tecnológico de la sociedad industrial; los alcances organizativos de la sociedad burocrática y el Estado “jardinero” que dirige a la sociedad como un objeto a cultivar— explicarían la posibilidad misma del desenlace genocida. Más que representar un acontecimiento histórico singular, que debe ser explicado a partir de la compleja constelación histórica de procesos y elementos sociales, políticos, ideológicos y económicos, el Holocausto es visto por Bauman, desde el prisma de su inserción en las raíces más esenciales de la modernidad, en el proyecto de la Ilustración y en la estructura misma de la sociedad moderna occidental,

racional y burocrática, cuyas normas e instituciones lo hicieron posible. Para Bauman, el Holocausto es el producto de las capacidades técnicas y burocráticas destructivas de la civilización occidental moderna, por lo que constituye un elemento integral de esta civilización y de su potencial genocida. Bauman señala : “Sin la civilización moderna y sus logros esenciales y fundamentales, no habría habido Holocausto”(1997:122). Más aún, considera que las condiciones que lo hicieron posible no han desaparecido totalmente, y en este sentido, las características civilizatorias siguen presentes y se expresan en otros actos destructivos.

Según Bauman, el “proceso civilizatorio” (en palabras de Eliás) “ha dado una nueva orientación a la violencia y se ha redistribuido el acceso a ella ... la consecuencia final de todo es la concentración de la violencia” (1997:139). En este sentido, explica el exterminio masivo del judaísmo europeo no como una aberración irracional, un regreso a la barbarie o un fracaso de la modernidad, sino como un producto de la misma. Por ello, “el más importante de todos los factores que constituyen el Holocausto son las normas de actuación típicamente modernas, tecnológicas y burocráticas y la mentalidad que institucionalizan, generan, mantienen y reproducen”(Bauman, 1997: 131).

En *Modernidad y Holocausto*, Zygmunt Bauman traza las maneras a través de las cuales se relacionan causalmente ambos universos, constituyendo una problemática que compete a la civilización en su conjunto. En esta línea, “el Holocausto se gestó y puso en práctica en nuestra sociedad moderna y racional, en una fase avanzada de nuestra civilización y en un momento álgido de nuestra cultura, y por esta razón, es un problema de esa sociedad, de esa civilización y de esa cultura”(Bauman, 1997: XIII). Por ello, si bien reconoce que fue una tragedia judía, polemiza con su especificidad judía, afirmando que fue un problema universal de la humanidad moderna. De hecho se enfrenta a una permanente tensión entre el reconocimiento indiscutible de la centralidad definitoria del Holocausto, del exterminio sin parangón de un pueblo y de una cultura y, por la otra, a la búsqueda de la trascendencia y universalización sociológica de este evento. Derivado de esta oscilación, si bien reconoce la permanencia, recurrencia y sistematicidad del antisemitismo como forma de antagonismo colectivo con una profunda raigambre histórica, no lo

atribuye un carácter esencial como fenómeno causal del exterminio masivo de los judíos.

Tal como señalamos, Bauman pone el acento en que una aniquilación de esta magnitud y sin precedentes en la historia sólo podía producirse por medio de técnicas y habilidades meticulosamente establecidas, que potenciaron y explotaron los logros científicos, racionales y burocráticos de la modernidad. Por tanto, la “solución final”, eufemismo nazi para el exterminio de los judíos, fue producto de la cultura burocrática. Auschwitz es concebido como el resultado de un largo proceso en que “la elección del exterminio físico fue el resultado de los rutinarios procedimientos burocráticos, es decir, del cálculo de la eficiencia, de la cuadratura de las cuentas, de las normas de aplicación general”(Bauman, 1997:21). El Holocausto, considera Bauman, “en ningún momento de su larga y tortuosa realización llegó a entrar en conflicto con los principios de la racionalidad ... por el contrario, surgió de un proceder auténticamente racional y fue generado por una burocracia fiel a su estilo, a su razón de ser”(1997:22). En esta lógica interpretativa, enfatiza la naturaleza fría y mecánica de la maquinaria industrial de la muerte dirigida por burócratas distantes e inhumanos. “El Holocausto no fue una erupción irracional de los no erradicados residuos de barbarie premoderna” sino “el paradigma de la racionalidad burocrática moderna”.

En este paradigma se incluyen rasgos tales como la utilización de medios técnicos modernos, la industrialización del homicidio, el exterminio en masa, gracias a tecnologías científicas de punta, la impersonalidad de la masacre que evita el menor contacto personal entre quien toma la decisión y las víctimas, la gestión administrativa eficaz y planificada, etc. La tesis que defiende Bauman es que el Holocausto fue cuidadosamente planificado y organizado en todos sus detalles, llevado a cabo fríamente y con absoluta contundencia técnica, con escasa participación de los sentimientos o emociones personales y creando toda una tecnología y un aparato burocrático a su servicio. En definitiva, el Holocausto fue, según este teórico judeo-polaco, el producto de la sociedad moderna que en busca de la realización de los valores y metas de la modernidad, utilizó las enormes posibilidades a su disposición, logrando con ello una eficiencia en la consecución de sus fines inédita en cualquier otro episodio de genocidio anterior.

El exterminio masivo de millones de personas exigió la colaboración

de ciudadanos honrados, intelectuales, científicos, una sociedad toda, al tiempo que fue posible deshumanizando a sus víctimas, aislándolas, convirtiéndolas en seres intercambiables y totalmente diferentes del resto de los ciudadanos. La organización burocrática encaminada a realizar un exterminio masivo logró una perfecta y jerarquizada división del trabajo, en la que se sustituyó la responsabilidad moral por la responsabilidad técnica y en la que lo esencial eran los medios y los reglamentos. Cabe señalar que, según Bauman, la burocracia moderna no necesariamente produce un fenómeno como el Holocausto, pero sí contiene los elementos que lo hicieron posible, por lo que la civilización moderna no fue condición suficiente para el Holocausto, pero sí, ciertamente, su condición necesaria. De allí, nos advierte Bauman, el Holocausto es un ejemplo de lo que puede pasar en las sociedades modernas, puesto que constituye su posibilidad escondida, precisamente porque para Bauman es imposible visualizar a la sociedad moderna como la culminación de un proceso civilizatorio, sino que ella tiene una doble faz: creación y destrucción. La posibilidad de que el Holocausto se haya producido era previsible dentro de la modernidad, pues ella contenía todos los elementos para que sucediera. Más aún, la posibilidad de que ocurriera caía dentro del ámbito de “normalidad” de la sociedad moderna.

Por otra parte, Bauman se acerca a la temática del universo de las víctimas del Holocausto de un modo difícil y complejo. Cabe recordar que un acercamiento no menos difícil y cuestionable fue el que caracterizó a Hannah Arendt, quien por otra parte explicó el anti-semitismo y el Holocausto entrelazados con el imperialismo y el totalitarismo —reflejando los tres fenómenos la decadencia de los valores burgueses (Arendt, 1960). Así, Bauman considera que el Holocausto alcanzó un grado de perversión inimaginable al lograr lo que define como la colaboración de las propias víctimas a quienes, acostumbradas a pensar racionalmente, se les ofreció la apariencia de una organización racional en la que podrían actuar según procedimientos ordenados y conocidos sin poder imaginar el horror que se gestaba.

En fin, siguiendo también a Arendt en la universalización del Holocausto que conduce a ampliar los pobladores de los símbolos del exterminio, Bauman piensa a Auschwitz junto a los campos de exterminio de la modernidad, al oeste y al este: de Auschwitz al Gulag y a

Timor Oriental y a Ruanda ... y a los múltiples *Otros*, a una alteridad poblada de grupos-objetos de discriminación. En esta ampliación, también llega a incluir, como bien llama la atención Almog (2001), al gran número de negros que habitan las prisiones norteamericanas como manifestación de "las tentaciones totalitarias –endémicas a la modernidad–" (Bauman 1997b).

Algunas reflexiones críticas: los *Otros*, la historia, el Holocausto

La ampliación de Auschwitz como realidad y símbolo de exterminio hasta abarcar en él a todos los otros campos, equivale a extender la categoría del *Otro* hasta el extremo de subsumir la diversidad que configura la alteridad, esto es, a equiparar a los grupos humanos que han sido o son objeto de persecución y, con ello, a hacer semejantes los diferentes resortes de la discriminación y el exterminio.

Visto el Holocausto, como otros genocidios, como una expresión del carácter contradictorio de la modernidad, su singularidad se desdibuja en los indiscutiblemente dramáticos episodios del siglo XX. Bauman sugiere que si bien éste fue un acontecimiento histórico que le sucedió a los judíos, bien pudo haberle sucedido a cualquier otro grupo humano o social. Como consecuencia de esta visión, las víctimas en cuestión o bien cualquier otras devienen el objeto potencial e intercambiable de una fuerza discriminatoria endémica a la modernidad, destructiva e inevitable. Cualquier grupo humano se convierte en blanco del potencial de exclusión o destrucción inherente a la modernidad, siendo sus resortes en unos casos raciales, en otros económicos, religiosos o políticos, mismos que resultan secundarios de frente al hecho en sí. Desde esta óptica, la elección de la víctima deviene trivial. La potencial intercambiabilidad de la víctima relativiza así a las víctimas históricas del Holocausto, los judíos.

El potencial genocida de la modernidad, a su vez, parte y se desenvuelve en los parámetros de la Ilustración, cuyos presupuestos y fundamentos deben ser rastreados hasta el siglo XVIII, origen y causa, según Bauman, del dramático exterminio del siglo XX. Este acercamiento, en su pretensión totalizadora, pone en juego el carácter y el alcance mismos de la sociología. La falta de atención a las mediaciones entre la gran teoría o la teoría normativa, las teorías de

rango medio y los conocimientos derivados de la investigación empírica le restan precisión, especificidad y distinción a la explicación del acontecimiento en cuestión. Frente al reclamo de Bauman de que comparada con la historia (y la teología) la sociología no ha dado cuenta del Holocausto, es necesario señalar que ello no se puede resolver rigurosamente sin acudir a los aportes de la investigación que basada en archivos, fuentes –que se han ampliado y diversificado en las últimas décadas– y datos, arrojan luz y nutren lo distintivo del fenómeno estudiado así como de las interpretaciones. Los riesgos de generalizaciones no dotadas de la adecuada ponderación fáctica radican en que pueden conducir, y de hecho conducen, a distanciar la sociología de la historia para acercarla, sin mediación, a la filosofía o exclusivamente a la teoría normativa.

Tal vez esta es una de las dificultades mayores que se entretajan, a su vez, con la perspectiva teórica del estudio del Holocausto no sólo a partir de la modernidad, en su márgenes conceptuales e históricos, sino en su subsunción en las ideas constitutivas de la modernidad. El acercamiento de Bauman a la modernidad Ilustrada como génesis del Holocausto y a sus planteamientos iniciales formulados en el siglo XVIII desdibujan los acontecimientos históricos tal como se han sucedido hasta el siglo XX. Así, si bien el Holocausto es parte de los eventos definitorios de la modernidad, no resulta indistinto ni marginal qué grupo humano ha sido discriminado, perseguido y exterminado y por qué razones y cómo éstas se han concatenado con diferentes propuestas filosófico-políticas. Por ello, resulta fundamental deslindar los proyectos que se han debatido en y por la modernidad, específicamente, las pugnas teóricas y prácticas entre la Ilustración y la Contra-Ilustración y en estrecha interacción con ellas, el lugar del antisemitismo en la historia europea. En otros términos, es necesario distinguir la propuesta de la Ilustración, universalizante, secular, liberal y emancipatoria y el Historicismo romántico, particularista, culturalista y nacional y la consecuente fundamentación de la sociedad ya sea en términos de la economía política, entre individuos formalmente libres e iguales, o bien con referencia a la sociedad institucionalizada sobre la base de una cultura compartida, formada históricamente y vitalmente transmitida. Las transformaciones en la condición de los judíos en la historia europea moderna, su proceso de emancipación, sus avances y retrocesos se dieron en el marco de la compleja y tensa

oscilación entre las expectativas diversas, contradictorias y finalmente antagónicas de ambos proyectos, la Ilustración y el Historicismo romántico.

Fue el proyecto de la Ilustración, con sus propia vocación homogeneizante el que pugnó por la emancipación judía, que significó el acceso a la igualdad jurídica y política de los judíos como ciudadanos de los Estados en los cuales habitaban y puso en juego su incorporación e integración a la sociedad. La centralidad de la emancipación y su carácter definitorio de la modernidad judía han sido destacados por las diferentes corrientes y enfoques abocados a su estudio. Tanto por aquellas concepciones que la caracterizaron como un fenómeno permanente e irreversible, y que vieron en ella no sólo el inicio de la modernidad sino también su exitosa clausura, como por aquellas que cuestionaron su carácter de fenómeno exclusivo y la revaloraron a la luz de procesos que se desarrollarían de modo paralelo, consecuente y aún opuesto a ésta, tal es el antisemitismo moderno y el Holocausto (Bankier, 1983). Las grandes revoluciones burguesas en la economía y la política, en la sociedad y la cultura condujeron a cambios profundos y radicales que necesariamente impactaron la condición judía. Por el impacto conjunto del proyecto secularizante y racionalizador de la Ilustración y la Revolución Francesa los judíos accedieron a una nueva condición en las sociedades modernas.

A partir del proyecto de la Ilustración y de las elaboraciones teóricas de la compleja línea de pensamiento que va de Locke y Hobbes a Rousseau y Kant, de los fisiócratas a Adam Smith y David Ricardo, el nascente Estado moderno encontró su fundamentación teórico-práctica en la naturaleza humana y en sus atributos y prerrogativas. Los derechos de la naturaleza humana, que se convirtieron en objeto de conocimiento de la razón y de su verdad adquirieron el *status* de nuevo principio de institucionalización de lo privado y lo público. La sociedad civil fue así concebida como un ámbito de relaciones sociales de producción y de mercado, de carácter libre a la que correspondía un orden estatal y jurídico racional, laico, democrático y liberal (Nisbet, 1980). De ahí que junto a las tensiones derivadas del carácter individual de la propuesta emancipatoria —y el consecuente cuestionamiento de la identidad colectiva judía— fueron los principios del universalismo, del liberalismo, la igualdad, la racionalidad y el laicismo los que configuraron los parámetros dentro de los cuales se dio la emancipación

judía.

Sin embargo, desde la perspectiva del proyecto historicista romántico, el proyecto de la Ilustración fue sometido a una ardua crítica por considerar que estaba basado en una razón universal, ahistórica y abstracta. Le cuestionó el haber reducido la persona viva, los pueblos particulares y las sociedades históricas a un concepto puro de naturaleza humana que canceló la diversidad, la subjetividad y la historicidad. En nombre de esta historicidad y de los particularismos se reivindicaron todos aquellos elementos que la Ilustración había descalificado como prejuicios, tales como el sentimiento, el instinto, el interés y, por sobre todo, los pasados culturales compartidos que hacían de cada pueblo un fenómeno único, sólo comprensible a partir de dicho pasado. De ahí que a la concepción racional “abstracta” de la Ilustración se opuso una concepción orgánica que reivindicó la tradición cultural que había creado el espíritu o *ethos* particular de los pueblos, su nacionalidad, su especificidad concreta. El cuestionamiento fue hacia aquellos principios “universales e inalterables” que, se pretendía, gobernaban al mundo, la naturaleza, la vida privada y pública, a todas las sociedades, épocas y civilizaciones (Berlín, 1983). Al igual que el modelo de la Ilustración, el Historicismo romántico, calificado como proyecto de reacción o de Contra-Ilustración, tuvo grandes variaciones en sus planteamientos, asumiendo a su vez especificidades políticas y nacionales.

En todo caso el rechazo a los principios de la Ilustración se presentó en variadas formas, conservadoras o liberales, reaccionarias o revolucionarias, según el orden en que estaban siendo atacados. El Estado, desde las diversas perspectivas de este proyecto, aspiró a fundamentarse en el concepto concreto e histórico del espíritu y la cultura nacional. Si en Herder, en su reivindicación de la singularidad de lo cultural-popular como expresión de una herencia propia, privó el supuesto de que las diferentes culturas podían florecer fructuosa y pacíficamente unas junto a otras, las semillas del nacionalismo estaban ya presentes en sus ataques contra el cosmopolitismo y el universalismo supuestamente hueco; éstas crecieron entre sus “agresivos discípulos” del siglo XIX y se continuaron en el XX.

Cierto es que una parte sustantiva del pensamiento filosófico ilustrado y revolucionario manifestó posturas que no fueron unívocas frente al judaísmo. Más allá de que para los defensores de la razón

universal, la crítica al judaísmo era consecuente con su desaprobación de las religiones como superstición, la importancia que concedían a la lucha en este frente podía ser infinitamente variable (Poliakov, 1982-1984). Sin embargo, fue la Contra-Ilustración la que cuestionó los alcances emancipatorios judíos. El Historicismo romántico alimentó una concepción nacionalista que pronto derivaría en posturas excluyentes de todo aquello ajeno a su tradición y a su pasado cultural-nacional. La extranjería del judío se convirtió en un argumento central de la polémica anti-judía y anti-emancipatoria. Para el romanticismo, que buscó las raíces del *Volksgeist* en la historia, en la leyenda y el mito y que intentó encontrar lo particular en todo fenómeno social, en el idioma, la región, la nación, la raza, el clan, la ley y la costumbre, el judaísmo resultaba no sólo ajeno, sino incompatible. El carácter particularmente reactivo del nacionalismo alemán y sus esfuerzos por delinear sus límites políticos en consonancia con sus necesidades étnicas reforzó el recurso del pasado como instrumento a partir del cual el “alma” histórica podía conducir a una “misión” a la nación alemana (Trigano, 1990; Katz, 1980).

Junto a la efervescencia ideológica derivada de las pugnas entre ambos proyectos, sus alcances y límites, fue la compleja dinámica entre la inclusión y la exclusión de los judíos la que estuvo en la base del emergente movimiento político, igualmente moderno pero antitético a la emancipación y sus logros, el antisemitismo. Como movimiento socio-político –tal como se manifestó en Alemania, Hungría, Austria y Francia– cobró forma en el último tercio del siglo XIX y se nutrió de los argumentos que habían sido esgrimidos tanto por la postura cristiana como por la reacción romántica –y aún el pensamiento socialista y radical– en la polémica anti-emancipatoria. Este vino a manifestar del modo más abrupto no sólo ni fundamentalmente las tendencias contradictorias de la modernidad sino también, y sobre todo, el carácter excluyente que asumió precisamente la Contra-Ilustración y el nuevo nacionalismo así como el potencial destructivo de la operación teórica e ideológica que sobreponía y entremezclaba conceptos tales como cultura e historia, lenguas y razas, postulados filosóficos y proposiciones que se autodefinían como científicas. En este proceso cobraría fuerza el racismo.

De allí que al no deslindar entre los proyectos filosóficos y políticos de la Ilustración y del Historicismo-romántico, que pugnarón entre sí

por definir el carácter y límites de la modernidad, Bauman atribuye de un modo genérico al primero las causas de muchos de los conflictos que atravesaron los siglos XIX y XX. A su vez, al excluir el tema del antisemitismo de la historia alemana y europea, desatiende la singularidad y especificidad de los procesos y acontecimientos históricos de entonces. Ciertamente las re-elaboraciones del prejuicio que transitaron a la destrucción (Katz, 1980).

A partir de este deslinde, entonces, es que resulta fundamental un acercamiento al Holocausto en su singularidad. Referido al asesinato de seis millones de judíos y a la planeada aniquilación total del pueblo y del judaísmo –impedido sólo por la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial– el Holocausto no tiene parangón en la historia (Rosenbaum, 1996; Bauer, 1989). Por primera vez, un Estado legítimamente constituido se propuso aniquilar a hombres, mujeres y niños por el mero hecho de ser judíos. Por primera vez, un Estado moderno poseedor, en efecto, de una avanzada tecnología cayó en poder de una ideología, un partido, un hombre y un sistema de dominación para los que el antisemitismo era la cima ideológica de un pensamiento profundamente racista que en el marco de una concatenación única de procesos y eventos condujo al exterminio.

El asesinato y la destrucción de la vida comunal judía fue para el Estado nazi un fin en sí mismo, sustentado en la convicción de que el judío no tenía derecho a vivir. El Estado nazi dedicó sus energías y sus instituciones gubernamentales, industriales, tecnológicas y científicas para cometer el asesinato masivo de millones de judíos europeos bajo el eufemismo de Solución Final. A diferencia de acontecimientos históricos previos, el objetivo primario del nazismo no era la conversión o la persecución del judío, sino su aniquilación total. Se trataba, en última instancia, de cambiar el espectro y la composición de la especie humana eliminando a uno de sus componentes, el judío. Si bien entre las víctimas del nazismo puede contarse a polacos, gitanos, comunistas, homosexuales y prisioneros de guerra soviéticos, entre otros, ciertamente fueron los judíos el blanco central del régimen nazi. El historiador Yehuda Bauer señala al respecto: “La lucha contra los judíos fue parte crucial de la escatología nazi, un pilar absolutamente central de su visión de mundo y no sólo una parte de su programa” (Bauer, 1989 :17). Lo que fue único en el Holocausto fue la totalidad de su ideología y su traducción de un pensamiento abstracto hasta un

asesinato planeado, lógicamente implementado. Más aún: fue la parte central de la racionalidad de una guerra total que causó alrededor de 35 millones de víctimas en una lucha de seis años” (Bauer, 1989:48). En la ideología nazi, la lucha racial contra los judíos –derivada de la concepción de la pureza racial, sustentada en la selección natural y la supervivencia del más apto y orientada a consolidar el dominio de la raza aria– fue una fuerza esencial tras el exterminio. Con ella interactuó la racionalidad instrumental de Auschwitz.

El asesinato masivo representaba una guerra santa para aniquilar al “enemigo mortal” de Alemania... quienes eran,... en la ideología nazi, los adversarios principales, los archienemigos ideológicos del pueblo alemán, ...ningún otro pueblo, nación o raza, tuvo ese *status* (Davidovicz, 1989:56).

Los judíos eran para los nazis los no-humanos, sin derecho a existir, los parásitos que habían destruido la vida social y económica de Alemania.

Desde esta óptica, por tanto, no es sólo la razón de la modernidad sino precisamente el binomio razón-mito el que aparece como una dimensión destacada que permitiría una amplia caracterización del antisemitismo nazi; tanto la razón como el mito parecen haber convivido, como elementos contrarios y coexistentes en el seno del nazismo (Friedlander, 1997). En la imagen nazi del judío puede verse de un modo paradigmático cómo el mito se entreteteje y arropa de pensamiento “científico”. Mientras que por una parte la dimensión mítica, arraigada en la tradición, el imaginario y las teorías populistas raciales se centró en el peligro inherente en la naturaleza biológica del judío, por la otra, se insertó en el discurso científico y moderno del pensamiento racial del siglo XIX (Mosse, 1964). Sin embargo, el componente racional parece diluirse y la dimensión mítica aparece de modo exclusivo en lo que respecta a la visión del judío como peligro no sólo por causas biológicas sino por la percepción nazi de él como fuerza destructiva en la historia, asociada simultáneamente a la dominación mundial así como a su destrucción. De allí que la victoria del ario germano sobre el judío fue vista no sólo como una necesidad geopolítica para su existencia, sino una condición para la supervivencia de toda la humanidad, dado que una amenaza fundamental para la

consecución de este objetivo lo constituía la existencia del judío, “un elemento satánico y parásito, débil y despreciable, y sin embargo, también inmensamente poderosos y absolutamente malvado” (Bauer, 1989:17). En tanto encarnación del mal, era una raza cuya deshumanización generó una cruel interacción entre el concepto de raza inferior y de anti-raza. El exterminio judío se volvió, así, para los nazis, como lo diría Himmler en 1943, “una página gloriosa de su historia”, en la que el exterminio representaba una obligación moral.

Quienes han destacado al antisemitismo como causa directa del exterminio de los judíos, han puesto un énfasis diferencial sobre sus dimensiones contrarracionales o no instrumentales así como sobre los aspectos irracionales de las políticas nazi (Burrin, 1994; Diner, 1993). En esta línea de pensamiento, en el seno de la prolífera historiografía contemporánea en torno al nazismo, un lugar destacado ocupan aquellos estudios que han ponderado el lugar del Holocausto como una dimensión central y sustantiva de aquél. El permanente avance en la investigación ha generado nuevos enfoques y hoy privan interpretaciones que refieren a la constelación de factores y dimensiones que en él han convergido (Friedlander, 1997). Bauman plantea que el Holocausto fue el resultado del encuentro único de factores facilitado, en gran medida, por la emancipación del Estado político –de su monopolio de la violencia y de sus audaces ambiciones de ingeniería social– del control social, como consecuencia del progresivo desmantelamiento de las fuentes de poder y de las instituciones no políticas de la auto-regulación social. Esta lectura está estrechamente asociada a su visión genérica del Estado moderno, por lo que deja de lado la propia complejidad de la dinámica interna del sistema nazi, las interacciones entre los diferentes agentes y actores políticos y los procesos de estructuración del sistema dual partido-Estado que precisamente posibilitaron, permitieron y orientaron el exterminio de los judíos. Más aún, de los estudios en torno a la estructuración organizativa del nazismo *vis-a-vis* la persecución y el exterminio de los judíos, se sostiene con mayor fuerza la concepción de un ordenamiento en el que la coexistencia de diferentes centros de poder y sus divergencias de intereses y rivalidades condujeron a medidas anti-judías crecientemente radicalizadas. De hecho, la investigación contemporánea ha debilitado la visión de un aparato burocrático que actuó de modo autónomo (Hilberg, 1961; Mommsen, 1991).

Ciertamente, entre los márgenes del Estado nazi y sus marcos de acción, se desarrolló una política de marginación, persecución y exterminio del pueblo judío. La coexistencia de diversos factores de poder rivales, asumió particular relevancia en la gestación e implementación de las diferentes fases de las políticas anti-judías. El proceso de la destrucción de los judíos fue gradual (Gilbert, 1985). Desde esta perspectiva, aunque no existió un plan detallado que fijara tiempos y controlara cada movimiento por adelantado, las prácticas y dinámicas del ordenamiento estatal burocrático pero complejo, se conjuntaron y armonizaron con los objetivos ideológicos del régimen, tal como fueron expresados por su líder. De allí que se dio a la luz de la compleja dinámica de la burocratización de sus instituciones, definida como una “radicalización acumulativa”, producto precisamente de las rivalidades y pugnas entre las unidades políticas del sistema. De este modo, en la década de los años treinta, el asesinato estuvo ausente como política estatal no sólo por el peso de la opinión pública, sino también por la falta de integración al interior del régimen nazi y la carencia de una política anti-judía centralizada.

Sin embargo, durante esa época se aplicaron otro tipo de medidas contra la población judía tales como el boicot a negocios judíos, el empobrecimiento a través de la confiscación de propiedades; la restricción de libertades civiles y oportunidades profesionales, la creación de un clima social anti-judío, la promulgación de una legislación anti-judía, que alcanzó su expresión máxima con las leyes de Nuremberg en 1935 y el aliento a la emigración. De esta forma, los judíos fueron marginados, discriminados, segregados y excluidos de la sociedad alemana y de la protección de la ley, creándose poderosas fronteras que separaban entre ellos y el resto de la población. La política nazi hacia los judíos nunca fue totalmente coherente: existieron tendencias contradictorias en la administración nazi, incluso dentro de las SS; algunos querían utilizar a los judíos como mano de obra y otros querían asesinarlos en aras de la ideología nazi. Un acercamiento a la vez complejo y multidimensional al nazismo y al Holocausto apunta hacia la conjunción de una diversidad de procesos históricos contingentes, de desarrollos estructurales y de eventos que pusieron en juego diversos aspectos de la realidad. De allí que la atención a las raíces ideológicas del antisemitismo y sus nexos de significación con el Holocausto refiera tanto a sus relaciones con los antecedentes históricos y con la

configuración interna del régimen como a los nexos con la organización burocrática y técnica del exterminio del pueblo judío (Friedlander, 1997; Poliakov, 1982, 1994). Así, es la tensión entre el imperativo extremista del pensamiento mítico y los requerimientos de las políticas burocráticas de un Estado moderno la que le ha conferido un rasgo distintivo a las políticas nazis, tanto más específicos a la luz de la interacción de aquéllos con la figura de su líder máximo.

A su vez, y de frente al énfasis puesto por Bauman en la racionalidad burocrática del exterminio de los judíos, cabe destacar que la así llamada “Solución Final” comienza a implementarse con los escuadrones que acompañaron al ejército alemán en la invasión rusa y cuya función era reunir a los judíos y liquidarlos a través de métodos más bien primitivos. Con métodos ajenos a la racionalidad e impersonalidad burocrática que subraya Bauman, se les rodeaba y se les obligaba a marchar a un área desolada, cavar sus tumbas y ser fusilados; se estima que dos millones fueron asesinados de esta manera. Bauman no toma en cuenta la desburocratización de una enorme parte de esta modalidad de asesinato masivo, en especial durante las primeras fases del exterminio, en que proliferaron numerosos actos sádicos realizados por seres humanos identificables contra otros seres humanos identificables. La complejidad del Holocausto es incomprensible sólo en términos de los campos de concentración. Señala Bauman.

Como no se producía la caída de Rusia y las soluciones alternativas no avanzaban al mismo ritmo que el problema, el 1 de octubre de 1941, Himmler ordenó que se detuviera la emigración de judíos. Se habían encontrado otros métodos más efectivos para cumplir la tarea de librarse de los judíos: el exterminio físico fue el método escogido, era el más viable y eficaz para conseguir el inicial pero ampliado objetivo. Tomada la decisión, el resto fue un asunto que debían coordinar los distintos departamentos de la burocracia del Estado. Se realizó una cuidadosa planificación, se diseñaron la tecnología y los equipos técnicos adecuados, su presupuesto; se hicieron cálculos, y se movilizaron los recursos necesarios: la habitual rutina burocrática... finalmente, la elección del exterminio físico como medio adecuado para lograr la solución final fue el resultado de los rutinarios procedimientos burocráticos” (Bauman, 1997: 21).

Esta visión olvida que la invasión de Rusia —y el consiguiente control de enormes áreas geográficas donde vivían millones de judíos— desencadenó precisamente un proceso de exterminio en vasta escala a través de los escuadrones que se movían tras los ejércitos alemanes.

Escenas dantescas se repitieron en todas las comunidades que caían bajo dominación nazi. En muchas ocasiones, estos escuadrones involucraban a la población local en los asesinatos, como fue el caso de Lituania, por ejemplo; sin embargo, en la mayoría de los casos eran los escuadrones alemanes los que organizaban el exterminio en las áreas conquistadas. Sólo cuando la necesidad de matar a los judíos de manera eficiente y rápida —y ya no cara a cara— se vuelve un imperativo para el liderazgo nazi, se comienzan a implementar métodos impersonales de asesinato: los campos de exterminio. Testimonios, cartas, archivos y fotografías provenientes de soldados y funcionarios alemanes que participaron en dichos actos evidencian la indescriptible furia, crueldad y brutalidad con que actuaron los perpetradores, no siguiendo necesariamente la imputada racionalidad sostenida por Bauman. Así,

En Kavnas, Lituania, donde operó el Einsatzkommando, los judíos fueron golpeados con barras de hierro hasta morir, ante multitudes que vitoreaban, madres que alzaban a sus hijos para que vieran la diversión y soldados alemanes reunidos alrededor, como espectadores en un partido de fútbol. Al final mientras la sangre corría por las calles, el asesino principal permaneció de pie sobre la pila de cadáveres como un héroe triunfante y tocaba al acordeón el himno nacional de Lituania (Klee, Dressen y Riess, 1995:9)

De igual modo, investigaciones recientes han evidenciado el papel de la Wehrmacht en la guerra de exterminio contra los judíos en Polonia, los Balcanes y la Unión Soviética, en la que generales y miles de oficiales y soldados fueron cómplices activos del Holocausto, asesinando a decenas de miles de personas no en combate en el frente, sino en fusilamientos masivos, ejecuciones, quema de aldeas, etc. (Heer y Naumann, 1995). Si en esta fase del exterminio las víctimas morían principalmente fusiladas por los comandos móviles que acompañaban al ejército alemán, más tarde fueron transportados a campos de

concentración por razones de logística, eficiencia y menores costos, aunque los fusilamientos continuaron hasta el final de la guerra, por ejemplo, en Majdanek, incluso cuando los campos fueron destruidos ante la inminente derrota alemana.

Las insuficiencias logística y de eficiencia del asesinato individualizado dieron paso, así, a la industrialización de la muerte. Sólo cuando la necesidad de matar a los judíos de manera rápida se vuelve un imperativo para el liderazgo nazi se comienzan a desarrollar métodos impersonales de asesinato: los campos de exterminio. Sin embargo, no hay que olvidar que la eficiencia óptima de Auschwitz se alcanzó recién hasta el verano de 1944, en el crepúsculo del régimen nazi, cuando se llegó a liquidar a diez mil personas diariamente. Creado como campo de concentración en 1940, fue ampliado en el verano de 1941 y en 1942 se convirtió en un campo de exterminio empleándose el Zyklon B. En 1943 aumentó su eficiencia cuando se implementaron los crematorios, pero su producción óptima fue en el verano de 1944. Por otra parte, también en esta fase es cuestionable la eficiencia burocrática de la industria de la muerte, en la que abundaron las

fallas repetidas de los instrumentos de muerte en un campo de muerte como Belzec; el diseño fallido de los camiones móviles de la muerte usados en Chelmo y en Yugoslavia; el fracaso inicial del ladrillo en las chimeneas del crematorio en Auschwitz (Langer, 1998: XII).

Ciertamente existen innumerable evidencias y testimonios de lo que Primo Levi llamó “la práctica de la crueldad inútil” en Auschwitz, no para alcanzar objetivos políticos o militares sino por la crueldad en sí misma.

De allí que al minimizar la contundencia de esta realidad en una visión totalizante de una racionalidad que se desenvuelve genérica y abstractamente, Bauman concluye:

En ningún momento de su larga y tortuosa realización llegó el Holocausto a entrar en conflicto con los principios de la racionalidad. La *solución final* no chocó en ningún momento con la búsqueda racional de la eficiencia, con la óptima consecución de los objetivos (Bauman, 1997:22).

Sin embargo, el régimen nazi y la implementación del exterminio estuvieron, tal como señalamos, plagados de contradicciones.

De igual modo, si sólo de racionalidad se hubiera tratado, habría sido más racional conservar a los judíos como mano de obra barata, o satisfacer a la industria alemana que reconocía la precisión de los obreros judíos. Pero el objetivo fue el exterminio, independientemente de las dificultades de transporte para deportar a los judíos, o de gasear a obreros calificados, o de que el exterminio acabara con obreros que eran necesarios para la economía alemana que las matanzas hayan continuado incluso en los momentos finales del nazismo.

Desde otra óptica, la interpretación de Bauman, al privilegiar la dimensión racional-burocrática del Holocausto por sobre las dimensiones históricas e ideológicas, incide sobre la cuestión de la responsabilidad final del Holocausto, desplazándola. La visión brutocrática y despersonalizada del Holocausto tiene repercusiones sobre la concepción del papel del individuo y de la moral en la historia. Así, siguiendo a Langer,

la misma imagen de una maquinaria más que la del hombre como el instrumento primario de la liquidación tiende a absolver a los ofensores individuales y oscurece la identidad y la catálisis de los verdaderos culpables que iniciaron y llevaron a cabo el crimen (Langer, 1998: XIII).

Esta concepción de Bauman se sustenta también en el experimento llevado a cabo por Milgram, quien investigó las habilidades de los individuos para resistirse a cumplir con órdenes y realizar lo que una autoridad indica, incluso cuando dicha autoridad no fuera coercitiva y cuando ello implicaba hacer daño y ser potencialmente fatal. A través de estos experimentos Milgram intentaba mostrar la capacidad y el alcance de los individuos de infligir daño a otros cuando las instrucciones de la autoridad así lo determinaban. En otras palabras, estas investigaciones sugieren cuán fuertemente se adhieren los individuos al deber de obedecer, de modo tal que gente normal puede cometer actos monstruosos e inhumanos siguiendo las órdenes dadas por la autoridad. A partir de ello, Bauman argumenta que la

“crueldad no tiene mucha conexión con las características personales de los que la perpetran pero sí tiene una fuerte

conexión con la relación de autoridad y subordinación, con nuestra estructura de poder y obediencia normal y con la que nos encontramos cotidianamente (Bauman, 1997: 210).

Es decir, los experimentos de Milgram y el Holocausto se asemejarían en la disposición de los seres humanos para actuar contra otros, aun contra la propia voluntad y conciencia y no debido solamente a órdenes autoritarias. Ello supone que, para Bauman, la gran mayoría de los perpetradores eran gente "normal", que no le gustaba el sufrimiento, que no asesinaban por placer. Fue más bien en el marco de la organización racional burocrática que se dio el exterminio, a través de la violencia autorizada (por las autoridades), la rutinización de las acciones, y la deshumanización (invisibilidad) de las víctimas;

...de forma inmanente e irremediable, el proceso de racionalización facilita un comportamiento inhumano y cruel en sus consecuencias,...cuanto más racional son la organización de la acción, más fácil será causar sufrimientos y estar en paz con uno mismo...la razón por la cual la separación de la víctima hace que sea más sencillo ser cruel parece psicológicamente evidente: el autor se ahorra la agonía de presenciar el resultado de sus actos (Bauman, 1997:213).

Si bien las interpretaciones contemporáneas han dado lugar a una intensa polémica que oscila entre la concepción de "*ordinary people*", gente común, que ejecutó órdenes y la visión de "*willing executioners*", asesinos voluntariosos, y Bauman se adhiere a la primera, es cuestionable la equiparación o proyección de conclusiones de laboratorio a las condiciones históricas en las que se dio el Holocausto (Shandley, 1998) ¿La obediencia con la que actuaron los sujetos en el experimento de Milgram se habría producido fuera de los límites del laboratorio? ¿Habrían sido ellos capaces de haber cometido el exterminio de seis millones de judíos? Interrogantes como estas cobran cabal relevancia.

En esa misma línea, Bauman señala que:

la inhumanidad tiene que ver con las relaciones sociales. Como estas últimas están racionalizadas y técnicamente per-

feccionadas, también lo está la capacidad y eficiencia de la producción social de inhumanidad (Bauman, 1997:211),

de lo que se desprende que el Holocausto habría sido un caso paradigmático de violencia interpersonal, que podría haber sucedido en cualquier lugar o tiempo. Si bien no se puede dejar de reconocer que la obediencia a la autoridad fue una fuerza significativa en la dictadura nazi, cabe también señalar, siguiendo a Langer, que hubo innumerables casos de brutalidad y sadismo que iban más allá de la simple obediencia a órdenes, explicables sólo por una animosidad contra las víctimas. Por otro lado, tampoco se puede dejar de lado el hecho de que la burocracia fue permeada por la ideología nazi, aún a través del comportamiento complejo de la opinión pública alemana. Es en este sentido que Hilberg afirma que en última instancia la destrucción de los judíos no fue tanto el producto de leyes y órdenes como fue un asunto de espíritu, de comprensión compartida, de consonancia y sincronización (Hilberg, 1985:55) Los anteriores planteamientos de Bauman complementan su argumentación de la necesidad de deslindar la elección de la víctima de la naturaleza del crimen, por lo que considera que el móvil del antisemitismo en el Holocausto daría cuenta de la primera—qué víctima fue escogida— sin arrojar luz alguna sobre el carácter y alcance del Holocausto. Considera que siguiendo en esta concepción a Hannah Arendt, los testimonios de Primo Levi, los aportes diferenciales de Hilberg y Lanzman han confirmado y reforzado esta tesis.

A su vez, y de un modo no exento de dificultades, Bauman extiende su énfasis sobre la racionalidad de los procedimientos burocráticos hasta incluir dentro de esta órbita lo que él denomina la cooperación de las víctimas. Así, afirma: “La cooperación de las víctimas con los burócratas de las SS sí se produjo: era parte integrante del plan y fue, de hecho, una condición esencial de su éxito” (Bauman, 1997:29). Para sostener esta afirmación, Bauman analiza particularmente la situación de los *ghettos* judíos, creados en Polonia desde 1940, inicialmente como centros de concentración y que derivaron, a partir de mediados de 1942, en centros de deportación para los recién establecidos campos de exterminio. Claramente, la estructura administrativa de los *ghettos* servía funcionalmente a los propósitos nazis: los Consejos Judíos (*Judenrate*) que los dirigían estaban

encargados de ejecutar las órdenes y disposiciones nazis, administrando la vida interna del *ghetto*. De igual forma, a partir de octubre de 1939, la Policía de Seguridad alemana fue facultada para seleccionar o reemplazar a los miembros de los Consejos, sustituyendo e instrumentando simultáneamente el rol de la autoridad. Subordinados a la administración de la ocupación alemana, estos Consejos fueron parte esencial de la política nazi de control de la población, satisfaciendo los requerimientos nazis, primero de dinero y trabajo y, más tarde, de vidas humanas. Sin embargo, si bien el sistema jerarquizado de supervisión alemana reforzaba el carácter incondicional y absoluto con que se buscaba que los Consejos Judíos garantizaran el cumplimiento de las órdenes, Bauman ubica, interpreta y explica estas acciones dentro de una lógica de racionalidad –manipulada sin duda por la burocracia nazi– en la que “todo lo que hicieran los judíos al servicio de sus propios intereses acercara el objetivo nazi al éxito total” (Bauman, 1997:183). A su juicio, entonces, ajustarse a las rutinas y exigencias nazis fue una consideración racional de los Consejos Judíos. En sus palabras: “Su actividad, que retiraba de manos alemanas todos los problemas relacionados con la vida cotidiana de los judíos, ya era una forma de cooperación” (Bauman, 1997:184); y agrega:

aceptar el recinto del *ghetto* significaba caer en el juego nazi... En este sentido, el autogobierno significaba objetivamente cooperación... Se establecieron donde se establecieron los *ghettos*, se solicitaba la cooperación judía para su propia destrucción y, por lo general, se conseguía (Bauman, 1997:189-190).

Más aún, afirma que los Consejos Judíos supieron, en una fase relativamente temprana, el propósito verdadero de las “selecciones” de judíos que se veían obligados a realizar, siendo pocos los miembros de los Consejos que se negaron abiertamente a cooperar, encontrando explicaciones “rationales y convincentes” para su conducta.

Sin embargo, a la luz de estas aseveraciones, resulta fundamental destacar que la situación y el papel llamado a jugar por los Consejos Judíos fue profundamente ambiguo y difícil, en el marco de una singular paradoja: “Conservar la vida judía en un marco de destrucción alemana. No podían seguir indefinidamente sirviendo a los judíos, mientras

simultáneamente obedecían a los alemanes” (Hilberg, 1984:175). En general, la vida judía entre 1933 y 1945 estuvo modelada por la adaptación obligatoria a las condiciones impuestas por el dominio nazi, siendo extremadamente difícil incidir sobre ellas. De hecho, las posibilidades de elección de los judíos eran, en palabras de Lawrence Langer, las de *choiceless choice*, de elección sin opciones, en el entorno de la vasta prisión que era Europa después de 1941. Bauman desatiende estas condiciones y deja de lado los límites de las opciones reales que tenían los Consejos Judíos, así como su total indefensión durante la guerra. De igual modo, en sus generalizaciones, deja de lado el hecho de la notable diversidad de los Consejos Judíos. Cada uno de ellos –incluso en el marco de sus casi inexistentes opciones de acción– fue distinto en su constitución, el modo como fue nombrado, su grado de representatividad, su estructura interna, y sus relaciones con la resistencia (Trunk, 1986). Al no considerar estos factores, el análisis de Bauman acentúa lo que puede ser interpretado como una cooperación judía voluntaria con los perpetradores del Holocausto. Si seguimos la definición de Yehuda Bauer en el sentido de entenderla como

toda acción organizada, activa y consciente contra las órdenes, política y demandas nazis de cualquiera, a saber, organización social, mantenimiento de la moral, trabajo político clandestino, resistencia activa desarmada y, finalmente, resistencia armada (Bauer, 1986),

resulta entonces que la visión de “colaboración voluntaria” pierde fuerza. Así, por ejemplo, en medio de las terribles vicisitudes de los *ghettos*, en casi todos ellos se creó una importante resistencia cultural –conferencias, actividades teatrales y educativas, conciertos, prensa clandestina, creación de instituciones culturales, escritura de diarios y testimonios, entre otros–, expresión de una necesidad de sobrevivir espiritualmente, desafiando al proyecto nazi de borrar de la faz de la tierra al pueblo judío. Otra forma de resistencia en los *ghettos*, de especial importancia sin duda, fue la organización clandestina de actividades de beneficencia –ollas populares, hogares infantiles, cuidado de huérfanos, casas para ancianos, etc.– como forma activa de oposición a los sufrimientos inflingidos por el régimen nazi. En cuanto a la resistencia armada, el apoyo de los Consejos Judíos a éstos fue variable,

dada la heterogeneidad de los mismos. De este modo, en *ghettos* como los de Minsk o Kovno, por ejemplo, el apoyo a la resistencia armada fue activa (aunque esta forma de resistencia haya sido marginal por la dificultad para conseguir las armas y por la falta de apoyo de la población civil). En otros, como es el caso del *ghetto* de Kosov, el Consejo Judío alentó la resistencia desarmada, ayudando a que los judíos se escondieran en sótanos y escaparan (Bauer, 1986). En esta línea, si bien es cierto que algunos Consejos Judíos –en realidad, los menos– se plegaron a los imperativos de la burocracia nazi, puede argumentarse en contraposición que “tales actitudes de negarse a actuar acorde a los deseos alemanes, pueden ser multiplicadas” (Bauer, 1986: 199). Por todo lo anterior, asumir la teoría de la colaboración judía en términos de una lógica y una racionalidad, haciendo abstracción de los datos históricos específicos no sólo conduce a inexactitudes sino a culpar a las víctimas de su destino. Este tipo de acercamiento se manifestará también en el tratamiento de Bauman al tema de los sobrevivientes del Holocausto y sus nexos con la memoria, desde una igualmente riesgosa generalización de lo que denomina una victimología hereditaria, ya que si bien apunta adecuadamente hacia la cuestión de los usos de la memoria, no deslinda entre los sujetos, grupos y ordenamientos institucionales que recuerdan los patrones cambiantes de la memoria individual y colectiva. (Bauman, 1998; Ne’eman Arad, 2001).

Desde los niveles de agregación teórica en los que el pensamiento de Bauman se despliega, comprometido ciertamente con una reconocida capacidad reflexiva y crítica, la lógica de una racionalidad que se despliega en y a través de las estructuras globales de la modernidad conduce, como hemos señalado, a que la universalización de los fenómenos se construya sobre la dilución de su especificidad. De allí entonces que Auschwitz se amplíe para ser ubicado en el universo de la modernidad poblado por variados campos: orientales, occidentales, modernos (Bauman, 1997b). Para ello se tuvieron que eliminar, primero, las diferencias entre Auschwitz y el Gulag. Si bien este último comparte con los campos nazis su carácter de “universos concentracionarios”, en los que la muerte por extenuación, hambre y enfermedad eran comunes, su objetivo no era el exterminio de los prisioneros sino la explotación brutal de la disidencia política, religiosa o económica como fuerza de trabajo esclava. Fundados en 1919 como

un sistema correctivo para asesinos, ladrones y otros criminales comunes, en la era de Stalin el Gulag fue un sistema que alcanzó a tener millones de internos: enemigos políticos. Fueron esencialmente una institución de represión política, aunque puestos al servicio del proyecto estalinista de modernización económica de la Unión Soviética también sirvieron como una manera de redistribuir la fuerza de trabajo para satisfacer la necesidad del plan económico central. Por su parte, aunque en el régimen nazi existieron campos de trabajo para la disidencia política, fundamentalmente la comunista, el sentido último de los campos fue el exterminio. En ambas experiencias-experimentos, Bauman llama la atención sobre los nexos entre la política de modernización y la política de destrucción. A éstos, en segundo lugar, suma y diluye otros espacios –Ruanda, Bosnia, Timor Oriental, ... en los que se reflejan en sus modalidades variantes el mismo proyecto de la modernidad–,

nuestro siglo habría de realizar el sueño por primera vez soñado hace dos o tres siglos, en la Edad de la Razón, en la Edad de la Ilustración: el sueño de rehacer el mundo para que finalmente se ajuste a las necesidades humanas y no deje lugar para que las necesidades que no puedan ser atendidas (Bauman, 1997b).

Las promesas de felicidad total, de progreso, de un orden armónico total habrían requerido así un poder total para satisfacerlas. Del poder de la vigilancia a los horrores del siglo XX, derivados de los intentos prácticos por realizar la felicidad –el orden que la felicidad necesitaba, el poder necesario para instalar ese orden–, el cauce natural de la modernidad desemboca en los campos. Quedan así diluidas aquellas especificidades que acompañan a los diferentes eventos y espacios de los exterminios del siglo XX y, de igual modo, se desvanecen las pugnas teóricas y prácticas entre los diferentes proyectos que pugnarón por definir la convivencia, la sociedad y el Estado moderno.

Desde la experiencia específica del Holocausto, queda por dar cuenta de esas pugnas que cruzan los últimos siglos y las interacciones entre el propio carácter contradictorio de la modernidad y su cuestionamiento esencial por parte de la Contra-Ilustración. Queda también por recuperar la investigación histórica, que nunca puede sustituir la condena radical ni la justa indignación moral frente a todo

tipo de mal y frente a su potencial destructivo, pero que no aporta a la comprensión de la problemática específica. Si bien el propósito de Bauman es que las lecciones del Holocausto logren incidir sobre la conciencia y la actuación de las instituciones y de los miembros de la sociedad contemporánea, su lectura desde la modernidad y sus descontentos requiere de elementos adicionales para no trivializarlo ni desdibujarlo.

Bibliografía

Almog, Shmuel, "Theorizing about Antisemitism, the Holocaust and Modernism", Jerusalén, Vidal Sasson International Center for the Study of Antisemitism, Annual Report, 2001.

Bauer, Yehuda, "The Place of Holocaust in Contemporary History", en: John Roth and Michael Berenbaum (editores), *Holocaust. Religious and Philosophical Implications*, Paragon House, New York, 1989.

—, "Reacciones de grupos de líderes judíos frente a la política nazi", en David Bankier (editor), *El Holocausto. Perpetradores, Víctimas, Testigos*, Publicaciones Monte Scopus, Editorial Magnes, Universidad Hebrea de Jerusalén, Jerusalén, 1986.

—, *La Emancipación Judía. Antología de Artículos en Perspectiva Histórica*, Publicaciones Monte Scopus, Jerusalén, 1983.

Bauman, Zygmunt, *Modernidad y Holocausto*, ediciones Sequitur, Madrid, 1997.

—, "The Camps, Western, Eastern, Modern", *Studies in Contemporary Jewry*, 13, 1997 b.

—, "Holocaust Ghosts and Hereditary Victimhood", *Tikkun*, julio-agosto, 1998.

Berlin, Isaiah, *Contra la Corriente*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

Burrin, Philippe, *Hitler and the Jews: The Genesis of the Holocaust*, Routledge, Chapman & Hall, New York, 1994.

Dawidowicz, Lucy, "Thinking about the Six Million: Facts, Figures, Perspectives", Roth, John y Berenbaum, Michael (editors). *Holocaust: Religious and Philosophical Implications*, New York Paragon House, 1989.

Diner, Dan, "Historical Understanding and Counterrationality: The Judenrat as Epistemological Vantage", en Saul Friedlander (editor), *Probing the Limits of Representation: Nazism and the Final Solution*, Harvard University Press, Cambridge, 1993.

Casullo, Nicolás (comp.), *El debate modernidad-posmodernidad*, Buenos Aires, Puntosur Editores, 1989.

Friedlander, Saul, "The Extermination of European Jews in Historiography Fifty Years Later", en Alvin Rosenfeld (editor), *Thinking About the Holocaust After Half a Century*, Indiana University Press, 1997.

Friedlander, Saul, *Nazi Germany and the Jews, The Years of Persecution, 1933-1939*, Harper Collins, New York, 1997b.

Gilbert, Martin, *The Holocaust. A History of the Jews of Europe During the Second World War*, Henry Holt and Company, New York, 1985.

Hannes Heer, Klaus Naumann (editors), *The War of Extermination: Crimes of the Wehrmacht 1941-44*, Hamburg, Verlag Hamburger Edition, 1995.

Hilberg, Raoul, *The Destruction of European Jews*, Holmes y Meier Publications, New York, 1985.

—, "El ghetto como forma de gobierno", en David Bankier (editor), *El Holocausto. Perpetradores, Víctimas, Testigos, op. cit.*, 1986.

Katz, Jacob, *From Prejudice to Destruction. Anti-Semitism 1700-1933*, Harvard University Press, Cambridge, 1980.

Klee, Ernest, Dressen, Willi y Riess. Volker, *Qué Tiempos Aquellos*, Planeta, México, 1995.

Langer, Lawrence, *Preempting the Holocaust*, Yale University, New Haven, 1988.

Mommsen, Hans, *From Weimar to Auschwitz*, Princeton University Press, Princeton, 1991.

Mosse, George L., *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Universal Library, New York, 1964.

Ne'eman-Arad, Gulie, "The Shoah as Israel's Political Trope", en Deborah Dash Moore y S. Ilan Troen, *Divergent Jewish Cultures*, Yale University Press, New haven-London, 2001.

Nisbet, Robert, "Progress as Freedom", en *The History of the Idea of Progress*, Basic Books, Nueva York, 1980.

Poliakov, Leon, *La causalidad diabólica: Historia del Antisemitismo*, 4 tomos, Muchnick Editores, España, 1982-1984.

Rosenbaum, Alan (ed), *Is The Holocaust Unique? Perspectives on Comparative Genocide*, Boulder, Westview Press, 1966.

Shandley, Robert R., *Unwilling Germans? The Goldhagen Debate*, University of Minnesota, Minneapolis, 1988.

Trigano, Samuel, "The French Revolution and the Jews", *Modern Judaism*, vol. 10, núm.2, The John Hopkins University Press, 1990.

Trunk Isaiah, "Tipología de los Judenrate en Europa Oriental", en David Bankier, *El Holocausto...*, op. cit., 1986.

Vattimo, G. y otros, *En torno a la posmodernidad*, Anthropos, Barcelona, 1990.